

za de las matemáticas modernas, una colección de ensayos traducida e introducida inteligentemente por Jesús Hernández (Alianza Editorial, 1978). (1).

En cualquier caso, cada uno de nosotros lleva en la cabeza el problema y lo plantea bien, porque la pérdida de calidad y de cantidad de conocimientos matemáticos elementales, y no tan elementales, en nuestros compatriotas jóvenes es palpable. Llega a nosotros como una lluvia de bofetadas cada vez que hablamos con un niño, que abrimos un libro escolar o que descubrimos que un mozo de quince años, capaz de soltarnos una parrada tecnolde, se queda con el rostro de mármol cuando tiene que sumar $\frac{1}{2}$ más $\frac{1}{4}$. Es muy posible que esas llamadas "matemáticas modernas" — un apelativo que debería obligarnos a identificar cuáles eran las "antiguas" — sean el camino justo para mostrar a la gente la ruta de la claridad intelectual, la interpretación del mundo y algo tan simple como la búsqueda de la verdad última de las cosas todas. Pero hay que saber cómo se hace.

Porque ahí está el problema nuestro, el problema de nuestra gente y de nuestra historia. Hay, sin duda, muchas maneras de explicar ese problema, pero el desconocimiento y el rencor que parecen presidir las relaciones entre las matemáticas y nuestros hábitos mentales son una explicación más y creo que la más contundente. Los jóvenes historiadores españoles de la ciencia, que ya los hay y a los que dedicaremos algún día estas páginas, han comprendido hace tiempo que la peripetia desagradable de

liberia tiene que ver con la condena de los números. Primero nos automutilamos al cortar de nuestra raíz a los árabes y a los judíos, sustituyendo el álgebra por la teología y el Derecho, sin encontrar la manera de permitir que todo transcurriera en armonía. El conocimiento y la medición de la Naturaleza se convirtieron en magia prohibida. Los números, en claves gnósticas condenables. Después inventamos como modelo de vida al caballero displicente, altivo, implacable y ajeno al miedo — que es la mejor y la más fértil de las actitudes humanas—. Luego dimos en condenar cuanto ignorábamos, como dice Machado, y así resultó que todos nuestros heterodoxos, probablemente, lo fueron por saber sumar, mientras que nuestros ortodoxos peleaban y oraban. Los "novatores", los ilustrados, los librepensadores y sus demás compañeros mártires, fueron puestos, sucesivamente, en el invierno, y el problema de vivir se nos fue convirtiendo en una tragedia de la que no hay quien se zafe con rapidez.

¿Ha desaparecido esa forma de ver el mundo? Pues la verdad es que no lo sé. Pasa que, súbitamente, nuestro pueblo aprende gracias a la difusa propaganda de la vida morrocotuda con que se nos abruma, y ha descubierto la tentación del artilugio. Lo compra, porque a pesar de todo, eso es lo más fácil. La tentación nos ha dado un barniz superficial que nos asemeja a los otros, a los que prefirieron arriesgarse a medir y a contar. No se ve, por el momento, que nuestra conversión sea más profunda. Se ha quedado en un cambio de la piel; no ha llegado a trastornar el hondón de nuestro espíritu, el "gouffre" pascaliano. Y así, ni matemáticas, ni física, ni Cristo que lo fundó.

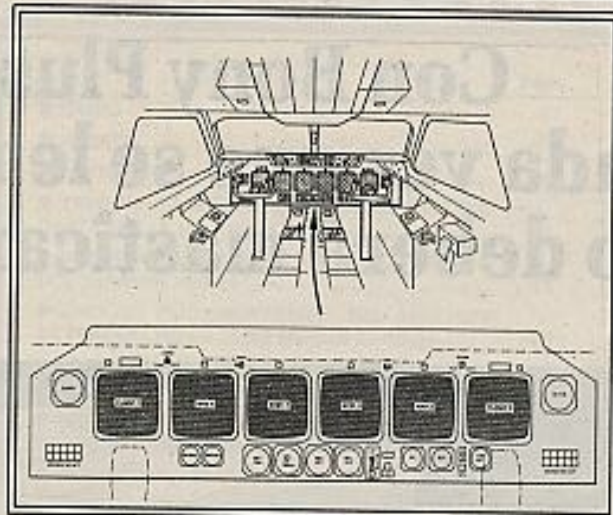
Y encima hemos asesinado a la geometría, haciéndonos merecedores del fuego eterno. ■

(1) Los interesados en el tema pueden también consultar la reseña bibliográfica que, bajo el título *Cultura matemática*, publicó Pedro Fernaud en el número 827 de TRIUNFO, 2 de diciembre de 1978.

fertilidad de las pacientes. Se hicieron dos inseminaciones por ciclo, con semen fresco, cinco y siete días después de un tratamiento con clomifeno. La inseminación se realizó mediante una cánula de plástico.

El doctor Simón Marina, de Barcelona, explicó los criterios de selección que deben seguirse para aceptar donantes. Resumimos lo que, al respecto escribe el corresponsal del semanario "Tribuna Médica". Los donantes pueden ser hombres casados con hijos sanos que soliciten una vasectomía o que, al ser informados por el médico, acepten libremente donar su semen. También las mujeres casadas con hijos sanos elegidos por la misma pareja que desea una inseminación, aunque esto es más grave, porque implica el conocimiento personal del donante por parte de la madre, psicológica y jurídicamente peligroso. El donante idóneo es el joven estudiante de Medicina. Primero, por razones fisiológicas. Segundo, porque el conocimiento del tema le permite una valoración psicológica justa del destino que se dará a su semen.

Anónimos, altruistas, sanos, mayores de edad y libres: esos son los condicionamientos para poder participar en un extraordinario proceso. Hay problemas. De toda índole. Pero nacen niños y esa es una realidad mágica para quien no puede tenerlos de otra manera. Y para todo el mundo, es de esperar. ■



La "nueva cabina" para sólo dos hombres. Seis pantallas catódicas informan al piloto y al segundo.

EL TERCER HOMBRE

El pasado día 11 de diciembre y sin mucha atención por parte de la prensa española — no así por parte de otras prensas — tuvo lugar en Francfort una asamblea de pilotos de líneas aéreas y mecánicos de vuelo (ingenieros de vuelo en el lenguaje del oficio) que puede llegar a tener consecuencias bastante serias para los diseñadores de aviones, los fabricantes, las compañías que los operan (también según el lenguaje del oficio) y los viajeros, que siempre somos los últimos monos. En esa asamblea, que organizó Europilote — una especie de Mercado Común de los aviadores civiles —, fueron condenados los grandes aviones que, sin duda en un exceso de petulancia, estaban siendo llamados por algunos "máquinas del futuro". La razón de la condena es laboral, en primera instancia, y es técnica, en segundo lugar.

Laboral, porque las nuevas cabinas de los transportes proyectados y en construcción ya no tienen sitio para el "tercer hombre", el mecánico que se sienta detrás del piloto y del segundo, perpendicularmente a ellos. Los diseñadores se las han arreglado para suplir la función de este especialista y pretenden que, con ayuda de un hermoso artilugio electrónico y una serie de pantallas que monitorizan ante los ojos de los pilotos hasta el último detalle de la nave, las tripulaciones se reduzcan a dos hombres. La nueva cabina es el sueño de los constructores del Airbus, o, más exactamente, el A310, y de la Boeing, que ya está dando los úl-

timos toques al 757. No hay que levantar falsos testimonios, pero todo parece indicar que se han movido los "relaciones públicas" y las fuerzas políticas para indicar a las compañías de transporte aéreo lo bueno que sería para todos que comprasen esos aviones.

Lo malo es que va a ser difícil que alguien los ponga en marcha, porque los 800 aviadores reunidos en Francfort en representación de varios miles más de, por lo menos, medio mundo, se niegan a sentarse en esa "forward facing cockpit" — siempre en el lenguaje del oficio, que es un poco inglés —. Unos miles de mecánicos de vuelo se quedarían sin trabajo y, además, hay dudas respecto a la seguridad del sistema. De lo que no hay duda es de que a las compañías les resultaría más barato.

He aquí, pues, que los aviadores civiles, un grupo profesional cualificado y formidablemente pagado, se encuentran ahora ante la posibilidad de un "paro tecnológico", que tiene su raíz en un proceso técnico-económico estricta y perfectamente capitalista: la reducción de costos por el sacrificio de puestos de trabajo y por medio de la innovación tecnológica.

Sin el "tercer hombre", no se volará. Por ahora. A nosotros, los terricólos, nos debe importar otra cosa: ya nos matamos bastante para arriesgarnos un poco más al viajar con una tripulación liliptiense, forzada al uso de un instrumental complejo que sobrecargaría sus tensiones normales. Ya veremos. ■